

Claudio Salmasio descubrió en 1606 el manuscrito de la antología de Cefala, que después se publicó á retazos; y solo se encuentra íntegro en la edición de Federico Jacobs (1).

Elocuencia.

La elocuencia no tenía campo para ejercerse en los reinos; en Grecia decayó cuando se entibaron las pasiones políticas y se aumentó la influencia extranjera; y después vino á parar á manos de los retóricos, cuya vana palabrería no infundía recelos ni aun á los conquistadores. Aristóteles, en su *Retórica*, había deducido de los autores antiguos una serie de preceptos, los cuales ni facilitaron nuevas creaciones, ni retardaron un día siquiera la decadencia. Allí donde había tronado en otro tiempo la asombrosa palabra de Demóstenes y de Esquines, se pronunciaban á la sazón arengas acompasadas y panegíricos adulatorios; no se vestían con la expresión eficaz de la energía y de la convicción ni siquiera los pensamientos profundos; todo tomaba un color amenerado con arreglo á un nuevo estilo á usanza oriental que estropeaba hasta el idioma; todo se reducía á llenar el vacío de los pensamientos con palabras vanamente sonoras; á reemplazar la varonil elocuencia con un énfasis prolijo. Solamente se oía alguna voz digna en Ródas, ciudad libre, y donde subsistía la escuela fundada por Esquines.

Cicerón llama correctísimo á Demetrio Falereo, elogio que demuestra cuánto dista lo acabado de lo bello. En efecto, Demetrio, melifluido y sin vigor, deleitaba el oído sin inflamar los ánimos ni determinar la voluntad. Se le acusa de haber compuesto primeramente sobre asuntos imaginarios (2), y lo honra demasiado quien lo llama el último de los oradores griegos.

Historiadores.

¿A cuánta altura habría podido remontar su vuelo la Historia, si hubiera bebido su inspiración en las novelescas hazañas de Alejandro y después en el tumulto de tantas batallas y en las fragorosas vicisitudes de ciudades y de reinos! Pero la magnitud del teatro no mejora las composiciones, y si exceptuamos un solo hombre de genio y de corazón, ninguno mereció gran fama ni entre los que con Alejandro vieron la India é interrogaron á los Gimnosofistas, á los Caldeos, las inscripciones de Persépolis y las de Babilonia, ni entre los que escribieron las empresas de los sucesores de aquel.

Teopompo, Filisto y su escuela fueron muy indignos sucesores de Tucídides; y los juicios que sobre ellos pronunciaron los que les leyeron, nos evitan el sentimiento de su pérdida, ya que fueron hombres sin valor para decir la

(1) Leipzig, 1794-1844, en 43 tomos, con el título de *Anthologia graeca, sive poetarum graecorum lusus, ex recensione Brunckii*. — Frid. Jacobs *animadversiones in epigrammata Anthologiae graecae, secundum ordinem analectorum Brunckii, adiecti*.

Favorecido después por nuevos descubrimientos, pudo hacer una edición mas exacta, publicada con el título de *Anthologiae graecae, ad fidem cod. olim Palatini, nunc Parisini, et apografo Gothano edita. Curavit epigrammata in cod. Palatino desiderata et annotationem criticam adiecit Fr. Jacobs*. Leipzig, 1813, 17, 3 tom. en 8°.

(2) QUINTILIANO, II, 4.

verdad, y sin gracia para exponerla. Los que vinieron después falsearon la relijia exagerando, y llenaron de fábulas la narración de las hazañas de Alejandro; y cuando vemos que ninguno supo aprovecharse de los tesoros reunidos en las bibliotecas de Alejandría y de Pérgamo, no vacilamos en decir que los libros estaban allí sepultados como el oro en el arca del avaro, no como el gérmen en la tierra removida. Pudiera ser virnos de prueba de esto, aun cuando otros faltasen, el ver que los historiadores posteriores á la versión griega de la Biblia para nada se valen de ella, y continúan refiriendo absurdas fábulas á propósito de aquel pueblo singular.

Y sin embargo, la cronología y la geografía, los dos ojos de la historia, iban ganando cada vez mas; los templos y los archivos del Eufrátes y del Nilo revelaron al abrirse los catálogos de los reyes; los Tolomeos al mismo tiempo que proporcionaban nuevas vías al comercio, las abrían también á las exploraciones científicas; enviaban viajeros á examinar las costas de la Arabia, la Península Índica y la isla de Trapobana (*Ceylan*); otros penetraban en el África, y las relaciones de sus viajes, con cuantos objetos raros habían hallado en el país, se llevaban á Alejandría, convertida en emporio de los conocimientos universales.

Pero la observación se había hecho minuciosa; el frío análisis sofocaba toda idea grande; ni poseían los historiadores aquella imaginativa que reúne y vivifica. Multiplicábase, pues, las obras de erudición, la cual se dedicó también á investigar el origen de los pueblos hasta entonces llamados bárbaros. Filocro describió los primeros tiempos de Atenas; Cleanto trató de los dioses, los héroes y los mitos nacionales; Zenon é Idomeneo examinaron las antigüedades de Ródas y Samotracia; Apolonio de Ródas escribió sobre el origen de las ciudades; Calímaco sobre las instituciones de los pueblos bárbaros; Asclepiades trató de la Bitinia; Hierónimo de la Fenicia; Timeo de Sicilia y de los reyes de Siria; Abideno de la Asiria, y Filino de la guerra púnica.

Evemero combatía á los que deseaban convertir el culto en misticismo sacerdotal; y apoyándose en las inscripciones que había encontrado en un viaje que emprendió por orden de Casandro, pretendía demostrar que todos los dioses habían sido personajes históricos, elevados al cielo por la gratitud, por el miedo y por la superstición de los pueblos (1). Su libro sobre la isla de Pancaya, vertido al latín por Ennio, fué el primero que se tradujo del griego á aquella lengua (2).

(1) Véase pág. 323.

(2) Esta isla Pancaya es un problema de la geografía. Diódoro nos ha conservado, entre otras muchas tradiciones fabulosas, el viaje de Evemero, que según dice descubrió tres islas al Sur de la Arabia; una de doscientos estadios de longitud, y la Pancaya de muchos mas. Cuatro diferentes naciones las habitaban; en una el gobierno se hallaba en manos de reyes electivos, que no podían castigar de muerte sin el consen-

Beroso.
280.

Beroso, sacerdote caldeo, dicen que dedicó al primer Antíoco una historia, en la cual confundió la astrología y los mitos con los noticias que pudo obtener de los archivos del templo de Belo en Babilonia, donde era sacerdote. Este escritor, que enseñó en Cos la ciencia de los Caldeos, principiaba su historia de Babilonia cuatrocientos setenta y tres años antes de la conquista macedónica; pero decía que Nabonasar había destruido los anales de los tiempos pasados; de suerte que sus simples asertos no pueden ser aceptados por quien tenga discernimiento histórico (1).

Maneton.
263.

Así como Beroso adulaba á los reyes de Siria pretendiendo demostrar la antigüedad del país dominado por ellos, del mismo modo Maneton lisonjaba á los de Egipto, exagerando la serie de sus antecesores. De este historiador no quedan mas que fragmentos, transcritos por Flavio Josefo; y en otra parte hemos discutido su mérito histórico, á favor del cual parece que deponen los últimos descubrimientos. Podemos agregar á estos Abideno, que escribió la historia de los Caldeos, y del cual insertan unos pocos fragmentos Eusebio, Cirilo y Sincello; y Eratóstenes Cirenaico, bibliotecario de Alejandría, que por orden de Evergétis escribió la historia de los reyes de Tébas, con arreglo á los sagrados registros que custodiaba; pero solo tenemos de él unos cuantos fragmentos, y una descripción fabulosa de las estrellas.

Polibio.
205.

Entre Jenofonte y Polibio, esto es, en siglo y medio, se citan mas de ciento cincuenta historiadores; pero de ninguno queda rastro. En Megalópolis, uno de los últimos países griegos que conservó la libertad, nació Polibio hacia el año 550 de Roma, en tiempo de la Liga aquea, cuando apenas había caído Arato. Su padre fué Licórtas, pretor de los Aqueos, y tuvo por maestro á Filopémenes. Embajador cerca del rey de Egipto, capitán de la caballería aquea á favor de los Romanos contra Filipo, y después de Tolomeo Filometor contra Antíoco de Siria, y por último desterrado á Roma entre los mil llevados por Calícrates y por la deslealtad romana, su mérito le granjeó el favor de los Escipiones, que propendían á ennoblecer su patria con las artes griegas. El mismo refiere (2) con cuánta

miento de los sacerdotes; había en ella un asombroso templo con jeroglíficos, tres ciudades, toda clase de árboles y de animales, palmeras de inusitada altura, vides, mirtos y cipreses que daban sombra á los tranquilos habitantes, y en las selvas vagaban elefantes y leones. La isla de los doscientos estadios producía incienso bastante para todos los dioses del mundo. En Pancaya depositaba el fénix sobre el altar del sol los aromas con los cuales se construía el sepulcro y la luna. Los mas creen este país pura invención; no obstante las circunstancias convienen á la costa oriental de África; y el gobierno es semejante al del Yemen (*NEUBER, Descrip. de la Arabia*, II, 52.) ¿Habría querido indicar acaso Evemero el cabo de Guardafuy, con las islas de Socotra y de Abdal-Curia? ¿ó bien la isla de Masira en la costa de Arabia?

(1) Véase pág. 60.

(2) POLIBIO, en los *Ejemplos de virtudes y de vicios*, c. 73, refiere así su introducción cerca de Escipión:

« Nuestra correspondencia principió por coloquios sobre los libros que me prestaba, y esta unión de corazón se había ya estrechado algo cuando los Griegos llamados á Roma fueron

finura supo hacerse cliente y amigo de Escipión Emiliano, de cuya protección se valió para favorecer á sus compañeros de infortunio, é inducir al censor Catón á que aconsejase al Senado que permitiera regresar á su patria á los desterrados.

Habiendo vuelto entonces á Grecia exhortó á los suyos á la paz, á no lanzarse á imprudentes movimientos que pudieran empeorar su situación, y á respetar á los Romanos que los superaban demasiado en fuerza. Desde el África, adonde acompañó á Escipión, voló á Corinto que acababa de ser tomada, para mitigar su suerte en lo que pudiese: no quiso enriquecerse con los despojos de sus compatriotas: ayudó con sus consejos á Escipión, con cuyo auxilio viajó por la Bretaña, Egipto, y la costa occidental de África hasta el quinto paralelo boreal, ó sea la costa de Guinea; y después á la muerte de Emiliano, se retiró á su patria, donde murió de ochenta y dos años.

Principió la historia universal de su tiempo desde la olimpiada CXL (220 años antes de J. C.), en cuya época la guerra de las Ligas enlazó, según dice, los intereses de Asia y Europa que antes estaban separados; y la siguió hasta la CLVIII (146 años antes de J. C.). De sus cuarenta libros, solo los cinco primeros nos han quedado íntegros; muchos fragmentos de los otros se deben al emperador Constantino Porfirógénito,

dispersados en varias ciudades. Entonces los dos hijos de Paulo Emilio, Fabio y Publio Escipión, solicitaron con instancia del pretor que permitiese su permanencia entre ellos, y la obtuvieron. Mientras yo estaba en Roma, una aventura singular ayudó bastante á estrechar nuestra amistad. Un día, al dirigirse Fabio hacia el foro, pasando Escipión y yo por otra parte, este jóven romano, con aire afable y cariñoso, y ruborizándose un tanto, se quejó de que estando á la mesa con su hermano y con él, siempre dirigiese la palabra á Fabio, jamás á él: Bien conozco, añadió, que esta frialdad tuya proviene de la opinión en que estás, como todos nuestros conciudadanos, de que yo soy negligente y de ningún genio para las ciencias que ahora florecen en Roma; porque no me ven aplicarme á los ejercicios del foro, ni á la elocuencia. Pero cómo, querido Polibio, cómo podría hacerlo? Se me dice continuamente que de la familia de los Escipiones se espera, no ya un orador, sino un general. Te confieso que tu frialdad aflige mi corazón.

Yo quedé admirado de un discurso cual no esperaba de un jovencito de diez y ocho años: y por favor, le contesté: Querido Escipión, no creas ni digas que si generalmente dirijo la palabra á tu hermano, procedo esto de falta de estimación hacia ti. El es el primogénito, y por eso en las conversaciones me dirijo siempre á él antes que á ti, y también porque sé que tenéis ambos los mismos sentimientos. Pero no puedo menos de complacerme viendo que conoces también que conviene poco á un Escipión ser perezoso, y bien se deja ver que tus sentimientos son superiores á los del vulgo. En cuanto á mí, todo enteramente me ofrezco á tu servicio. Si me conceptúas á propósito para enseñarte á elegir un género de vida digno de tu gran nombre, puedes disponer de mí como te plazca. En cuanto á las ciencias á que te veo inclinado, encontrarás bastantes auxilios en ese gran número de doctos que cada día nos llegan de Grecia: pero por lo que respecta á la profesión de la guerra, en que quieres instruirte, pienso poderte ser yo mismo mas útil que otro alguno.

Escipión entonces, estrechando mi mano entre las suyas: ¿Y cuando, me dijo, veré yo ese día feliz en que libre de todo otro compromiso, y estando siempre á mi lado, podrás dedicarte enteramente á formarme el espíritu y el corazón? Entonces me creé digno de mis mayores. Desde entonces no supo ya separarse de mí; su mayor placer era permanecer conmigo, y los diferentes negocios en que nos hallamos juntos sirvieron para estrechar los lazos de nuestra amistad; él me respetaba como padre y yo lo amaba como si fuera hijo. Lib. XXXIII, 9, 10.

que entre los extractos de los escritores políticos insertó largos trozos de ellos; pero en cuanto á sus demas obras, nada nos resta.

El destierro lo conservó puro del contagio de los retóricos; abandonó los discursos y los ejercicios meramente de arte, si bien en la forma no sobrepujó á sus contemporáneos, escribiendo por lo regular en estilo inelegante, extranjerizado y escaso de gusto. En él no se encuentran ni el artificio épico de Herodoto, ni la gracia de Jenofonte, ni la robustez de Tucídides; ántes bien en lo descuidado y enérgico puede compararse á Maquiavelo. Severo con los historiadores precedentes, escribe para hombres de guerra y de Estado, por lo cual incurre en frecuentes digresiones, á veces inoportunas. No muestra predilección hacia ninguna forma de gobierno; condecorador por su nacimiento de una patria que decaía, y por adopción de una que se hacía gigante, mide los progresos de esta con la experiencia de aquella, siendo en esto único en su siglo, y el primero entre todos los historiadores. Abandona las supersticiones de sus predecesores; no manifiesta hacer gran caso de los dioses populares, y tal vez el título de *Pragmática* que dió á su historia, y que fué diversamente interpretado, significa historia positiva, porque en esta, prescindiendo de las fábulas, investiga tan solo los hechos y aquella verdad, que, según dice, es para la historia lo que los ojos para un animal. Visitó los sitios donde habían acaecido los sucesos que quería narrar, *Porque así lo exigían los tiempos contemporáneos* (1); y las descripciones con que enriqueció la historia, respiran toda la viveza de quien vió el teatro de los acontecimientos. No están en ella introducidas al acaso las descripciones, como en tantos otros imitadores suyos, sino que además del reposo que proporcionan al ánimo, fatigado con la lectura de continuos combates, sirven para dar realce á los grupos históricos, y señalan mejor la naturaleza de los hechos y la disposición de las batallas, en la exposición de las cuales se conoce al amigo del gran guerrero, y guerrero él mismo.

Supo el latín; escudriñó las antigüedades de los Romanos, hasta el punto de conocer monumentos ignorados por estos; y acerca de la constitución de aquella admirable ciudad nos dió mejores noticias que los Romanos mismos, porque no omitió como ellos muchas cosas por sabidas, si bien es verdad que no las profundizó. No le basta atribuir el engrandecimiento de Roma á la fortuna, palabra débil ó insensata, sino que la atribuye al patriotismo, al genio de los legisladores, presentando la constitución de la república como superior á las de Esparta y Cartago, y diciendo que al lado de la de Roma, la república de Platón es como una estatua comparada con un hombre vivo y sensible.

En su tiempo se había aumentado ya el tesoro de las nociones históricas; habían surgido y

(1) Lib. IV, 40.

caído bastantes ciudades y reinos, de suerte que el historiador podía deducir de los sucesos algunas reglas generales. Así lo hizo Polibio, y fué el primero que aplicó las teorías filosóficas á la historia. Según él, la vista de un acto de ingratitud dió las primeras nociones del deber; así como la vista de un acto generoso y de una acción vil inspiró las del honor y la vergüenza. Por gratitud se concede á uno el primer lugar; pero la monarquía degenera pronto en tiranía; de la cual toman origen las conspiraciones, y de las conspiraciones las aristocracias, que luego degeneran en demagogia y anarquía, hasta que renace el gobierno de uno solo; círculo fatal, en que no puede prefijarse el tiempo, pero en que es inevitable la sucesión de estos acontecimientos.

Aquí se ve que Polibio se aparta de los platonicos y de los mejores filósofos, suponiendo que las ideas de vicio y de virtud nacen de la experiencia, y carecen por tanto de estabilidad y de sanción. Pero si el ver un acto torpe ó virtuoso excita disgusto ó placer, preciso es decir que hay ya en nosotros una idea de la virtud, un poder de la conciencia: ¿y estos de dónde proceden?

Los historiadores hasta entonces se habían mostrado devotos, no ya religiosos, y en Herodoto los dioses intervienen en los hechos de los hombres, no menos que los de Homero en las batallas. En Tucídides todo se hace por medio de oráculos y augurios; y Jenofonte vivifica continuamente con el amor á los dioses su amor á los hombres. En la escuela de Alejandria, sin embargo, ya otros habían llevado el ateísmo á la historia, escarneciendo toda convicción, todo sacrificio, y haciendo la impiedad mas atroz con ponerla en contacto con los dolores de la humanidad. Ahora bien, Polibio, lejos de abandonar las supersticiones de sus antecesores, excluye la idea de la Providencia (1), supone que las opiniones respecto de los dioses y las promesas que siguen á la muerte, no son mas que una feliz invención de hombres discre-

(1) XVIII, 7, según la división de Schweighauser: «Lo que se tiene por vergonzoso entre los otros, pareceme que consolida las instituciones de los Romanos: me refiero al escrupulo en las cosas divinas; pues entre ellos mas que en ninguna parte se celebran con pompa las ceremonias religiosas, que se han introducido tambien en las acciones privadas de la vida y en los asuntos públicos. De esto se admirarán muchos, pero yo creo que se hace á causa del vulgo. Que si fuese posible componer una república de hombres sabios, quizá no sería necesario tal orden, pero como la multitud es ligera, immoderada en sus deseos, irracional en la ira y pronta á la violencia, solo pueden contenerla los ocultos terrores y semejantes trágicas ilusiones. Por esta razon los antiguos, á mi entender, no han introducido temerariamente ni por casualidad tales opiniones acerca de los dioses y las penas del infierno; ántes bien mucho mas temerariamente y sin razon las han desterrado los modernos. Prescindiendo de otros ejemplos, los que entre los Griegos administran los fondos públicos, baste que se les confie un solo talento aun cuando tengan diez confrontadores, otros tantos sellos, y doble número de testigos, para que sean infieles; pero los Romanos en las magistraturas y las embajadas manejan mucho dinero, y bajo la fe del solo juramento observan lo que prescribe el deber, y mientras en las demas naciones es raro hallar quien se abstenga de llevar sus manos á los caudales públicos, entre los Romanos por casualidad se encuentra semejante delito.» Lib. VI.

tos; y despues de esto, no sé qué pueda significar aquel poder de la conciencia que dice reside en el corazon de todos, y que es el acusador mas formidable. Si fuesen ciertas sus teorías, debería desaparecer de los acontecimientos humanos toda idea de armonía y de causa final; y Bruto, leyendo á Polibio ántes de matarse, tendría razon al exclamar que la virtud era un sueño.

Muchos elogian por su imparcialidad á Polibio, que supo preservarse del entusiasmo hacia Roma, hacer resonar alguna verdad en los oídos no acostumbrados del vencedor, y decirle que había arrebatado injustamente las obras maestras de Corinto, y que Roma se habría adornado mejor que con ellas con el desinterés y la magnanimidad. No obstante, debemos confesar que ni aun este historiador en su fria y calculada narración se separa siempre de aquella tan comun y tan funesta simpatía hacia la parte vencedora. Los favores que le hicieron los Escipiones le turbaron alguna vez la vista, y atónito ante su urbanidad y sus virtudes domésticas, no echó de ver que los Romanos eran violentos y astutos. Cuando los Aqueos se oponen á las generosas tentativas de Cleoménes, es partidario de ellos; y su adversario cuando los Romanos los derrotan. Hacen estos que les entregue el rey de Egipto un desgraciado, que intenta libertarse por medio de la fuga, y Polibio reprende é insulta al que había sido vendido; culpa al historiador Filárcas de mostrar compasión á Aristomaco, tirano de Argos, precipitado al mar por Antígono y Arato, y hace la apología de estos y de la crueldad de los Aqueos con Mantideia. Se pone siempre de parte de los Cartagineses en la guerra contra los mercenarios; y despues cuando aquellos sucumben ante la fortuna romana, pinta como un rey de farsa á aquel Asdrubal de abultado vientre, de rubicundo rostro, que sostuvo el asedio de Cartago, y á quien para ser héroe solo le faltó la perseverancia final.

El arte es cosa muy secundaria en el historiador; lo que en él examina la posteridad son sus sentimientos, las ideas que lo dominaron y que propagó entre los hombres.

CAPÍTULO XVIII

Artes y ciencias.

Mecánica.

En tiempo de tantas guerras hizo naturalmente grandes progresos el arte militar, y ya hemos visto (1) cuán nuevas y maravillosas máquinas se inventaron para defender y expugnar las ciudades. Tambien encontramos ejercido el talento mecánico en otras obras. Cuando la coronación de Tolomeo Filadelfo, se hizo una estatua colosal que representaba la nodriza de Iacco, la cual se levantaba, derramaba leche de un vaso de oro, y luego volvía á sentarse.

(1) Capítulo IV, pág. 675.

Al mismo Tolomeo envió Hieron un bajel de veinte órdenes de remos, construido por Arquias de Corinto, que superaba á todo cuanto en tal género se hacía en Egipto por la facilidad de sus movimientos y su ingenioso mecanismo. Para hacer este buque, se cortó en el Etna la madera necesaria para construir sesenta galeas: despues para vararlo se botó al mar la sola mitad inferior, y en seguida se le añadió el resto. Llegó felizmente de Siracusa á Egipto, y entró en el Nilo, siendo considerado como una maravilla en el país que tantas contenía. Había en él espléndidas cámaras con treinta mesas de á cuatro personas (τετρακλινοί) y con el pavimento de embutidos que representaban la guerra de Troya; gabinetes de placer con el piso de ágata y otras piedras de Sicilia; galerías de cuadros, caballerizas, almacenes, cocinas, horno, relój y pasco con jardín. Arquímedes que lo trazó, y que acaso inventó para este fin las poleas y el tornillo perpétuo, le agregó un aparejo de guerra, cinéndolo de una especie de muro, con máquinas que lanzaban vigas de veinte pies de longitud, y piedras de ciento veinte libras de peso, á la distancia de ciento veinticinco pasos. (1).

Arquímedes es uno de aquellos nombres que se graban para siempre en la historia de las ciencias, haciéndolas progresar; y Leibnitz hubo de decir de él que á quien bien lo comprendiera, poco le quedaria que admirar en los modernos (2). Para valuar exactamente su mérito, convendría averiguar lo que ántes de él se sabía,

Arquímedes, 287-212.

(1) Esto dice Ateneo (V. 40); pero Montucla relega entre las fábulas esta narración: «Los que conocen (dice) cuánta parte de fuerza quita el roce en cualquiera máquina, tendrán esto por una ficción. Es además un principio de la mecánica, que cuanto se gana en fuerza otro tanto se pierde en velocidad. Por lo mismo si una máquina pone al hombre en estado de hacer él solo lo que pudieran ejecutar ciento con sus fuerzas naturales, su acción será cien veces mas lenta. Arquímedes habría necesitado muchísimo tiempo para hacer que avanzase sensiblemente peso tan enorme.» Una nave de veinte órdenes sobrepuestos de remos, y hasta de cuarenta, como era la de Tolomeo Filopator, debería tener el bordo de tal altura, y los remos de tan desmesurada longitud, que racionalmente no puede creerse que existiera. La nave de Tolomeo τεσσαρακόντερον tenia de obra viva 47 pies y medio: ¿cómo repartir en ella cuarenta filas de remos, aun cuando se pudiese imaginar movible un remo tan largo, que tocase al agua estando en la fila superior, para lo cual no debería ser menor de 800 pies? Fue, pues, necesario buscar una explicación algo mas natural que la comun; y se dijo que aquel número indicaba no el de los órdenes de remos, sino el de los remeros, de tal modo que las palabras εὐχόμενος, τριακότερες, τεσσαρακότερες significan que se requerían 20, 30, 40 hombres para lanzar el remo desde el órden mas alto. Este órden se llamaba *thalamum*, *mediojugum* el de en medio, y *thalamus* el mas inmediato al agua.

En la *Táctica* del emperador Leon se lee: «Háganse grandes buques de tres órdenes de remos, capaces de contener 200 hombres, cincuenta de los cuales serán puestos en el tálamo, y estando los otros en el piso superior rechazarán al enemigo.» Véase aquí una galera de tres órdenes con dos pisos, lo que induce á creer que tomó principalmente aquel nombre por destinarse tres hombres para cada remo. En la nave de Tolomeo, suponiendo 50 remos, como en la de Leon, pónganse 40 hombres por remo en el tálamo, 50 en el *mediojugum*, 40 en el piso superior, y resultará que se componía de 4,000 la tripulación de aquella *tessarakontero*, siendo los remos mas largos de 47 pies. No sabemos que se haya dado hasta ahora otra explicación mejor: si la hay, preséntese.

(2) Qui Archimedes intelligit, recentiorum summorum virorum inventa parcius mirabitur.